

Colección Limbus



Primera edición: marzo de 2020

Título: Una extraña en la madriguera

© Sergio Mira Jordán, 2020

© De la ilustración de la cubierta: Cecilia García

© Meracovia Editorial, 2020

Ptge. Riu Llobregat nº 13-15 2º 1ª

08917 Badalona (Barcelona)

www.meracovia.com

Diseño cubierta: Meracovia Editorial

Correcciones y maquetación: Núria Sancho Subirats

IBIC/THEMA: FF

ISBN: 978-84-121645-0-3

Depósito Legal: B.1907-2020

Impresión y encuadernación: Estugraf Impresores, S.L., Ciempozuelos

Impreso en España - Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91702 19 70 / 93 272 04 47).

Una extraña en la madriguera

Sergio Mira Jordán

MERACOVIA


En este invierno
 aciago,
portador de nuestra
 desdicha,
las hienas acechan
 al león
 en su guarida.

Joaquín Juan Penalva

Hace quince minutos dejaron la autovía. También quedó atrás la luz macilenta de la tarde, con un sol anaranjado y ancho que termina de ocultarse tras las montañas desnudas y hunde la temperatura exterior a menos de diez grados sobre cero. Martina vuelve a mirar por el espejo retrovisor, donde el crepúsculo apaga el cielo con licuados tonos naranjas y ocre. Su hija continúa en la misma posición que la última vez que le echó el ojo: inmóvil en el asiento trasero, cabizbaja, enfrascada en el teléfono y con los labios apretados desde que salieron de Elche, hace ya más de una hora.

—¿Todo bien por ahí, tesoro? —le dice y acompaña la pregunta con una sonrisa.

Pero es inútil. La niña ni siquiera la mira. Patricia lleva los auriculares puestos y conectados al teléfono móvil. La luz de la pantalla, a menos de un palmo, le ilumina la cara y hace que su piel, ya de por sí pálida, parezca porcelana.

La madre vuelve la vista hacia la carretera, se sube las gafas y achica los ojos para enfocar mejor. La luna se esconde tras unas nubes densas y, si no fuera por los faros del coche, un BMW X3 que desde ahora no puede permitirse, apenas se vería. Hace frío y aún quedan por el estrecho arcén restos de nieve que no se ha derretido y que forman siniestras estatuas amorfas. Levanta el pie del acelerador unos milímetros, pues, a pesar del esmero de las quitanieves, la carretera comarcal tiene una delgada capa de hielo que lanza destellos al paso del vehículo y Martina no quiere acabar patinando y teniendo un accidente.

Para concentrarse, conduce desde hace ya rato con la radio apagada, en silencio, escuchando de fondo el ritmo de la música a través de

los auriculares de su hija mezclado con el rumor de las ruedas sobre la carretera. Siempre le dice que no se ponga el volumen tan alto, porque se dañará los oídos, pero Patricia no hace caso. Está en esa edad en la que desobedecer cualquier orden es una cuestión de identidad.

La niña pulsa dos veces el botón de inicio de su iPhone y entra en Spotify para cambiar la canción. La siguiente también es de Bruno Mars. Luego regresa a Instagram y sigue pasando fotos, revisando notificaciones atrasadas, viendo vídeos sin audio. Han comido en casa de la abuela materna, como casi todos los domingos, y entonces, mientras iba y venía de la cocina con los platos sucios, su madre se lo soltó. Como quien dice que ha empezado a llover o que los anuncios ya han terminado. Y, lo peor, con esa misma sonrisa forzada que hace unos segundos le mandó por el espejo retrovisor.

«Llegó el momento; hoy nos vamos».

Patricia sabía muy bien a qué se refería, pero había optado por pensar que todo era una broma, una especie de amenaza que nunca se cumpliría, el aviso de bomba con el que alguien siempre bromea en clase antes de un examen difícil, pero que luego no realiza por miedo a las represalias. Confía en que todo fuera una especie de chiste de mal gusto. Por eso la odia. Por eso ni siquiera la mira. Y por eso también, desde que hace cuatro meses su madre la sentara en el sofá del salón para decirle que se fuera mentalizando de que, antes o después, tendrían que irse de allí (así lo dijo: «allí», como si las palabras *casa* u *hogar* se hubieran esfumado de su vocabulario), Patricia ha ido borrando la sonrisa de su cara. Poco a poco. Hasta que hoy no es más que una simple mueca fría, un recuerdo envejecido que incluso le parece ajeno. Se encuentra en Instagram con alguna fotografía de esa época en la que salen ella y sus amigas sonriendo a la cámara, apartándose mechones de la frente y guiñando un ojo al ciberespacio, en varias todavía con el horrible uniforme del colegio, y le cuesta reconocerse. A pesar de su distintivo particular: el hecho de tener un ojo de color azul y el otro verdoso.

En aquellos días era feliz. Eran una familia. Ahora todo se ha desmoronado como un castillo de naipes. Su madre pidió el divorcio, su padre está en la cárcel por un lío del banco que arreglaría enseguida (o eso le dijo él, aunque ya va para cuatro meses) y las dos acaban de salir huyendo hacia la otra punta de la provincia.

—La zona te encantará, Patricia —le había dicho su madre—. Ya lo verás.

Solo lleva una maleta. El resto de sus cosas vendrán con un camión de mudanza mañana o pasado. Eso le dijo también su madre, pero ya no sabe qué creer. Por eso, en este mismo instante, Patricia solo tiene ojos para su teléfono móvil. El mundo reducido a una pantalla de cuatro pulgadas.

La batería baja del cincuenta por ciento; y eso que no ha visto la mayoría de los vídeos que cuelgan en el grupo de WhatsApp de su clase, «2.º de ESO B Salesianos». Cada minuto hay decenas de mensajes nuevos. Por las tardes del sábado y del domingo suelen quedar; *sollan* quedar. Iban al centro comercial l'Aljub, merendaban algo, veían una película si alguna les atraía de la cartelera y luego grababan cientos de vídeos con Boomerang para colgarlos en Instagram o hacían auténticos montajes profesionales con TikTok. Ahora todo eso terminaría. A Patricia se le humedecen los ojos solo de pensarlo, pero ha visto que su madre mira de vez en cuando por el espejo retrovisor y no quiere darle el gusto de verla llorar de nuevo. Ella está enfadada. Y necesita demostrarlo.

Así que aprieta los labios, gira la cabeza y se incorpora unos centímetros, hasta que su nuca toca el reposacabezas. Y mira por la ventanilla hacia la nada. Hay farolas a ambos lados de la carretera estrecha, iluminando apenas un paseo peatonal por el que nadie se aventura, y menos hoy con el frío. Poco después, la carretera se convierte en la

arteria principal de un pueblo que parece abandonado. La niña piensa que quizá no haya muchas más calles en ese lugar. Cree ver luz tras la persiana echada de la última casa, alguien que atisba la noche o espía a los vecinos, pero el BMW de su madre pronto deja atrás el pueblo y vuelven a sumirse en la oscuridad más absoluta. Más allá de la nieve que se acumula en el arcén, un manto verde oscuro de árboles altos (tejos, arces, pinos, carrascas, robles...; lo recuerda de las clases de Geografía) lo invade todo. Patricia vuelve los ojos hacia la pantalla. Sale del grupo de WhatsApp y elimina la conversación. Espera que al menos su amiga Alba se dé cuenta de que se ha ido.

En la siguiente rotonda, Martina toma la primera salida. Quedan cuatro kilómetros para llegar, pero se le está haciendo eterno. Nunca ha estado por esa zona y, además, acostumbrada a las anchas avenidas de Elche o a la autovía cuando tenía que viajar a la capital, esa angosta carretera está empezando a agobiarla, como si estuviera flanqueada por altos muros coronados por alambre de espino.

—Falta poco —dice, mirando un segundo al espejo retrovisor, aunque más bien parece que se lo diga a sí misma—. En Semana Santa podrás ver de nuevo a tus amigas.

Patricia finge que no la oye. «Falta poco». Las palabras se repiten en su cabeza. Por lo menos, tres o cuatro meses. Todo un trimestre larguísimo, una condena impuesta sin cometer ningún delito.

—Tal vez puedan venir a verte a la nueva casa —sigue hablando su madre.

La niña levanta la cabeza. Sus miradas se cruzan en el espejo. Patricia arruga la nariz, frunciendo el ceño, hasta que su madre aparta los ojos y a ella le duelen los párpados. Otra victoria.

La carretera comienza a ascender. Cada curva cerrada incrementa el grado de pendiente. A un lado y a otro de la calzada se abren caminos

de tierra que se adentran en el bosque y la maleza y conducen a fincas privadas. «Quizá a naves industriales», piensa Martina. Dos curvas más allá, la mujer tiene que activar el limpiaparabrisas porque empieza a chispear. Es aguanieve. La temperatura baja un par de grados más. De manera instintiva, ella sube la calefacción del coche. Justo entonces llega a una intersección: la carretera CV-704 sigue hacia la izquierda, bordeando el pueblo, y las luces de una pequeña gasolinera que hay a la derecha impiden ver con claridad el indicador del municipio. Pero está claro que es por ahí. Parada en mitad de la vía, Martina acciona el intermitente y se dispone a entrar en la carretera que da acceso al pueblo cuando en ese momento se le cruza una bicicleta. Da un frenazo, el motor se cala y el ciclista, ataviado con un chubasquero oscuro, da un manotazo sobre el capó.

Patricia brinca en el asiento trasero y se quita los auriculares, que cuelgan sobre el pecho gracias al cinturón de seguridad.

—¡Lleva cuidado! —protesta.

Su madre respira de forma entrecortada.

—Ha sido ese hombre —responde—. Se me ha cruzado. Por poco me lo llevo por delante.

—Pues lleva más cuidado —repite Patricia en un bufido y vuelve a ponerse los auriculares. Ahora suena lo último de Halsey.

Martina espera a que el ciclista retome la marcha. Quizá acaba de salir de la gasolinera, porque no recuerda haber adelantado a ninguno. Y, ahora que lo piensa, lleva sin cruzarse con nadie desde hace varios kilómetros. «Además, menudo día para echarse a la carretera con la bici», piensa.

El hombre gira la cabeza hacia atrás un par de veces y a ella le parece ver, entre la fina cortina de lluvia que cae y la noche intensa, dos glóbulos oculares que la observan y brillan ante el reflejo del haz de luz

de los faros del coche. El ciclista se pone de pie sobre los pedales para darse impulso en la subida, lo que hace que una débil luz de color rojo parpadee en la parte superior de la rueda trasera.

Cuando el hombre se pierde en la siguiente curva, desapareciendo tras la llovizna, Martina arranca, pone primera y sigue su camino.

Detrás, la niña mira el cartel que anuncia el pueblo: Benillup. El año pasado, en el instituto, dio la etimología de esos nombres de lugar. La toponimia, recuerda que se llama. En Alicante hay muchos pueblos que comienzan por *beni-*. En árabe significa «hijo de». Y ha dado el suficiente valenciano en el colegio para saber que *llup* tiene que venir de *llop*, «lobo». Así que está claro: acaban de adentrarse en una madriguera de lobos.

El pueblo no tendrá más de cien habitantes, repartidos en cerca de cincuenta casas, casi todas de dos alturas. Los tejados a dos aguas tienen poca inclinación y en algunos hay todavía restos de nieve. El edificio más alto es la iglesia, consagrada a la Virgen del Rosario, al lado del ayuntamiento, que forma una pequeña plaza en la que hay un banco de metal, un buzón de correos y tres palmeras mustias con las hojas repletas de carámbanos que amenazan con caer en cualquier momento. También, aprovechando que la calzada se ensancha unos metros, hay cinco coches estacionados que tienen escarcha en los cristales. Las esquinas de las calles son en ángulo recto y el BMW de Martina ha de subirse a la acera para tomar cada curva.

Patricia comprueba que no hay comercios, ni tiendas de ropa, ni supermercados. Tampoco ha visto ningún colegio o instituto, por lo que duda que haya chicos de su edad por el pueblo, y de haberlos, vivirán enclaustrados en sus habitaciones, conectados a internet, soñando con salir pronto de ese agujero. En una de las calles que cortan la principal, la niña ve un bar con el luminoso de Coca-Cola en la fachada. Es un punto rojo en mitad de la noche, como la luz externa que señala el final de un túnel y, por tanto, la libertad. Cuando el coche avanza unos metros, la oscuridad las envuelve de nuevo. Las gotas de lluvia, que reflejan la luz anaranjada de las farolas, forman en el cristal ríos semejantes a un esquema del sistema circulatorio.

Las casas tienen el aspecto de llevar ahí siglos y parecen estar deshabitadas, salvo aquellas en las que los nuevos propietarios han restaurado el exterior, les han dado una capa de pintura rosa o azul pá-

lido, han restituido la piedra de las fachadas, desconchada en algunos tramos, y han cambiado la tradicional placa azul del número de la calle por diseños mucho más modernos. Martina callejea unos minutos hasta que da con lo que está buscando: al final de una calle, al lado de la carretera que bordea el pueblo y desde donde solo se ve el bosque y la oscuridad, hay una casa que tiene el aspecto de llevar esperándolas toda la vida.

—Ahí está —anuncia su madre.

Patricia asoma la cabeza por entre los asientos delanteros. En el porche de la casa, resguardada de la lluvia y apoyada sobre el mango de un paraguas cerrado, hay una mujer. Es bastante alta, por lo menos un palmo más que su madre, a pesar de no llevar tacones, y el amplio abrigo cruzado de color beis que le llega casi hasta las rodillas no disimula una figura estilizada, casi atlética.

La casona no se parece demasiado a las demás viviendas del pueblo. De hecho, en esa calle de aceras anchas con árboles cada tres metros y pequeños parterres de plantas ahora mustias, hay tres o cuatro del mismo estilo: unifamiliares también, de dos alturas con buhardilla, aunque con la inclinación del tejado más pronunciada. También, a diferencia del resto, los edificios tienen una avanzadilla, separada de la calle por una baranda de madera con los barrotes metálicos; pero ese porche no es muy ancho y apenas cabe un balancín o una mesa de té. «Además», piensa Patricia, «con el frío que hace, ¿quién querría tomar algo en la calle?». Quizá en verano, aunque confía en que para entonces ya se hayan marchado de allí para no volver.

Como comprobará en cuanto se apeee del BMW, las otras casas tienen el porche despejado, excepto una, al otro lado de la calle, donde hay un macetero grande de barro cocido donde se echa a perder una planta que con total seguridad conoció días mejores.

Parece que alguien quiso diseñar una urbanización en ese punto del municipio, una suerte de retiro campestre o segunda vivienda para los nuevos ricos de la ciudad más próxima. Sin embargo, la crisis o la carretera terminó con sus esperanzas. O puede que la realidad: porque Patricia siente que están en el culo del mundo, lejos de todo y de todos.

Cuando su madre apaga el motor, baja del coche. Un aire helado le recorre el cuerpo y le salpica la cara de gotas frías de fina lluvia. La niña se coloca la chaqueta y sube la cremallera hasta arriba, de modo que los auriculares, todavía conectados al iPhone, cuelgan sobre su pecho. La mujer del porche se acerca hasta ellas abriendo el paraguas.

—Esta debe de ser Patricia —dice con una voz que a la niña le resulta demasiado aguda, casi estridente.

Baja la cabeza como respuesta y un mechón rubio le cae por la frente. Aprovecha entonces para comprobar si tiene cobertura en el móvil. Eso parece. Al menos no todo es malo, aunque la batería ronda ya el treinta y cinco por ciento.

Su madre y la mujer se saludan.

—Tu hija tiene un pelo precioso —sigue hablando—. Tan largo... Tú también lo llevabas así en la universidad, ¿no?

—Sí —contesta Martina—. Pero de eso hace ya mucho. Patricia lo tiene más liso; ella no ha sacado mis rizos.

—Ay... Esa melena rizada tuya era la envidia del campus.

La niña mira la hora en el móvil: son casi las seis y veinte. De los auriculares, mezclada con el rumor del viento en las hojas de los árboles y el débil aullido de algún animal perdido, sube la lejana música del Spotify. «¿Será Charlie Puth?», piensa.

—Pues me alegra saber de ti —dice esa mujer, y luego traga saliva—; a pesar de que no sea en las mejores circunstancias.

Martina tuerce la boca. Están las tres debajo del paraguas y, gracias a que no llueve demasiado, no llegan a calarse. Para cambiar de tema, la madre le pasa una mano por encima del hombro a su hija y dice:

—Patricia, esta es Eva. Es una antigua compañera de la universidad.

—¿Tú también estudiaste Economía? —pregunta Patricia, tan solo por mostrarse simpática.

—Empecé Empresariales, sí —contesta la mujer—, pero al segundo año descubrí dos cosas: que los números no eran lo mío y que tu madre era una buena amiga. Así que me cambié de carrera, me matriculé en Trabajo Social y seguí en contacto con tu madre.

—No tanto como nos hubiera gustado —apunta Martina.

—La distancia...

Hace años, un grupo de antiguos alumnos de la universidad la enredó por correo electrónico para una de esas quedadas que rememoran viejas batallas. Martina fue; y Eva, que todavía mantenía el contacto con varios de sus compañeros a pesar de no haber acabado la carrera que unía al resto, también asistió. Allí se vieron, después de mucho tiempo, y le contó a Martina que ahora trabajaba en el área de atención a la mujer víctima de violencia de género del ayuntamiento de Cocentaina. Al segundo encuentro, dos años después, ya no fue Martina. La llamaron por teléfono, porque había eliminado el viejo correo de la universidad, y puso la excusa del trabajo, la casa, la niña que acababa de nacer. La misma excusa que ponía cuando alguna mamá del colegio decía de quedar a tomar café una tarde, o de apuntarse al gimnasio juntas, o de ir a la presentación de un libro. Lo cierto era que a Diego no le gustaba que saliera, y Martina, poco a poco, fue encerrándose en casa y en sí misma hasta que su vida se convirtió en un ir y venir de casa al trabajo, justificando incluso los minutos de más que había tardado si un día se retrasaba por un atasco o un desvío por obras. Su marido era muy posesivo. Le había puesto la mano encima muchas veces,

pero el vaso se desbordó cuando una noche vio que su hija lo observaba todo. Él la abofeteaba una y otra vez y Patricia estaba en el quicio de la puerta, mirando, con la boca entreabierta y la mirada perdida. Hasta que las lágrimas borraron su visión y, tras parpadear varias veces, su hija ya no estaba. Ahí decidió que lo denunciaría. Pero todo fue a peor después de eso: más golpes, más chillidos, más lágrimas.

Entonces habló con Eva. Doce años después. Recordaba que trabajaba en Cocentaina, al norte de la provincia, y llamó al ayuntamiento. Ella fue quien le explicó que denunciando solo los malos tratos no llegaría, por desgracia, a ningún sitio, pues las leyes actuales protegen al maltratador. Así que Martina le explicó, casi en confidencia, que sabía de los tejemanejes de su marido en el trabajo. Diego era subdirector en una sucursal de la Caja de Ahorros que estaba en pleno centro de Elche, no muy lejos de donde ellos vivían. Ella sabía que ayudaba a empresarios de la ciudad a blanquear dinero o a evadir impuestos. Y lo denunció en comisaría. Por su parte, Eva conocía a un periodista que podía hacer que esa denuncia tomara un cariz provincial, que saliera en portada unos cuantos días. «Escampar la mierda», le dijo. La dirección de la Caja había tratado de ocultar el asunto, pero la noticia le supuso el despido. Y luego fueron a por él. Por eso está ahora en la cárcel. Como ya fue condenado por malos tratos (aunque en aquella ocasión solo le cayeron nueve meses y una orden de alejamiento que no llegó a cumplir porque Martina quitó la denuncia), no pudo evitar la cárcel con esa segunda condena. Hace cuatro meses entró en el centro penitenciario de Fontcalent, a las afueras de Alicante.

A partir de ahí, Eva siguió moviendo hilos y contactos. Conocía aquel pueblo en la montaña porque una tía suya era de allí y vio esa casa en alquiler. Martina había dejado su trabajo como contable en una empresa de calzado, pero la crisis estaba en su apogeo y era difícil encontrar algo. Mala época para los economistas, sobre todo tras cargar durante más de

un lustro con el sambenito de haber creado la crisis de las *subprime* que en España terminó de reventar la burbuja inmobiliaria. Por fortuna, tenía un buen colchón: en una cuenta aparte, ajena al control de su marido, había ido ahorrando un poquito cada mes, como la hormiga de la fábula. Ese dinero le vino de maravilla para seguir manteniendo el nivel de vida al que estaba acostumbrada y también para que Patricia no notara nada, pero un ático de doscientos cincuenta metros cuadrados en plena calle Alfonso XII de Elche no se mantiene solo y, además de mentirle a su hija con una vida que no podían permitirse, se estaba engañando a sí misma.

—¿Os echo una mano con el equipaje? —pregunta Eva.

Patricia carga con su maleta, la única que su madre le ha permitido traer. Espera la respuesta, parada bajo la lluvia.

—Hay pocas cosas, gracias —responde la madre—. Mañana viene la mudanza.

—Esperemos... —resopla la niña en voz alta para que su madre la oiga. Luego sigue caminando hacia el porche.

Martina mira a su hija y, de soslayo, también a Eva. Echa de menos la vida que pudo tener, la felicidad que a ella se le negó. Tienen la misma edad, pero los cuarenta y dos años de Eva lucen de maravilla: mirada viva, amplia sonrisa, andar seguro. Hace mucho que Martina no se maquilla, apenas un poco de base, la línea de los ojos y un toque sutil en los labios. Hace mucho también que camina encogida, pausada, con miedo a que Diego, de pronto, irrumpa de nuevo y traiga de regreso la pesadilla. Aunque ahora sabe (confía, más bien) que eso es imposible.

—¿Cómo lo lleva ella? —pregunta Eva cuando la niña está lo bastante lejos.

—Pues fatal. No entiende esta situación...

—No creas. Quizá se haya bloqueado; tal vez sea su forma de hacer frente a todo.

Martina se encoge de hombros. Patricia regresa al coche y mira a las dos mujeres:

—Podrías ayudar, ¿eh? —dice.

Y coge otra maleta, estira el asa y la arrastra por la calzada, por encima de los charcos que empiezan a formarse. La madre coge el último bulto, cierra el portaequipajes y camina hacia la casa. A su lado va Eva, con el paraguas aún abierto. Acompasadas gotas caen sobre la tela como el tamborileo de los dedos sobre una mesa.

—Últimamente está así de insoportable —dice Martina, a pesar de que Eva no le ha preguntado nada.

—Es solo una fase. Todo saldrá bien.

Desde el porche, Martina pulsa el mando y el BMW se cierra. La luz de los intermitentes provoca un destello que cruza la noche e ilumina lo que le parecen unos ojos que observan desde el otro lado de la calle, en la casa de enfrente, detrás de una cortina no muy lejos de la puerta principal. Es solo un instante, pero Martina cree que son los mismos ojos que se acaba de encontrar en la carretera. Los del ciclista.

—Pues ya está todo —dice Eva.

Martina gira la cabeza hacia su antigua compañera de universidad y trata de sonreír. Luego mira de nuevo hacia la casa de enfrente, un edificio parecido al que ahora ocuparán ellas, pero sin desgastar por el tiempo y el abandono. Los ojos ya no están, aunque la cortina oscila como movida por un leve aire.

Eva le pone una mano en el hombro y, por un momento, Martina se asusta.

—No te preocupes por el contrato de alquiler —dice—. Todo esto es temporal. Mañana Patricia empieza el instituto y tú el trabajo. Nueva vida, querida amiga. Todo saldrá bien. Ahora toma.

Le pone un manojo de llaves en la mano.

—¿Te marchas ya? —pregunta Martina—. ¿No quieres tomar nada?

—No te preocupes. Mi tía nació aquí, ya sabes. Su casa está casi en ruinas e iré a ver si queda algo en pie después de la nevada.

Patricia mira hacia el cielo. Siguen cayendo gotas de lluvia y al trasluz de las farolas se intuyen minúsculos copos de nieve que danzan con el viento hasta posarse con suavidad sobre el asfalto. «Quizá esta noche nieve», piensa. Ojalá mañana no tenga que ir al instituto.

—Gracias por todo, Eva —dice Martina, abrazándola, con la voz quebrada por la emoción.

—Es mi trabajo y eres mi amiga. Ese capullo ya no volverá a ponerte la mano encima.

Patricia mira a aquella mujer y aprieta los dientes con fuerza. Quisiera ahora mismo tener rayos de fuego en los ojos para atravesarla. Quisiera tener el valor suficiente para darle un puñetazo en el estómago y decirle que no hable así de su padre, pero cuando quiere percatarse Eva ya ha bajado los tres escalones del porche, abre de nuevo el paraguas y se dirige hacia su coche, un Opel gris que está aparcado en esa misma calle.

—¿Preparada para ver nuestro nuevo hogar? —dice Martina agitando las llaves ante los ojos de su hija como si de un sonajero se tratase.

—Mi casa está muy lejos de aquí —responde Patricia.

Su madre introduce la llave más grande en la cerradura de la gruesa puerta y la gira dos veces. El mecanismo suena a uno de esos antiquísimos trenes de vapor que se ponen en movimiento después de un siglo. Al abrirse, la madera cruje y las bisagras chillan.

En la casa de enfrente, una mano descorre la cortina para ver mejor.